

premo beso de abnegación y de amor.

La noche había cerrado por completo y se distinguían las estrellas en el claro cielo. Dejóse oír un ruido de pasos y entró una doncella con una lámpara en la mano.

—Aquí está su esposo de usted, señora,—dijo.

Y, á tiempo que Daniel volvía á ocupar su puesto en el hueco de la ventana, el Sr. de Rionne penetró, asustado, en la habitación.

## II

Blanca había nacido en el Mediodía, cerca de Marsella. A los veintitrés años contrajo matrimonio con el señor de Rionne. Hallábase dotada de alma noble, que poseía el convencimiento anticipado de las miserias de este mundo y que se había trazado una regla de conducta recta y arrogante. Cifraba su fuerza en su dignidad y en su voluntad. Habíase casado para satisfacer los deseos de su padre, sin tratar de conocer al señor de Rionne, prometiéndose, con una especie de cándido orgullo, saber sufrir, si necesario fuere, y permanecer digna.

Sufrió y permaneció digna. Su marido era hombre amabilísimo, de educación y de elegancia perfectas, miserable criatura, que habría podido ser buena y que prefería quedar siendo mala. Tenía arraigada una deplorable debilidad, una cobardía profunda para con el vicio. Y con todo esto, se hallaba dotado de los mejores sentimientos del mundo,

y tenía abierto el corazón á todas las lástimas. Hacía el mal á sabiendas, sin bochorno alguno, y sabía así mismo hacer el bien cuando mejor le venía en talante. Pero esto no le divertía.

En los comienzos de su matrimonio jugaba con su mujer, como habría podido jugar con una querida. Ella era encantadora, con un perfume de gracia y de honradez que el señor de Rionne respiraba por la vez primera. Pero su mujer no tardó en aburrirle. Encontró en aquella débil criatura una voluntad tan firme, tan serena nobleza, que casi acabó por tenerla miedo. En el fondo de su sér, su cobardía dió en cobrar odio al invencible valor de su joven esposa. Para evitar el sentirse débil ante Blanca, poco á poco se fué alejando de ella; alzábanse en su conciencia molestas comparaciones, siempre que se hallaba frente á frente de aquel hermoso carácter, y nada temía tanto, para su alegría, como la desagradable voz de los remordimientos. Volvió á sus antiguas costumbres, jugó, se entregó á los amores fáciles, y se olvidó, tanto como le era posible, de que tenía una familia.

Blanca, en verdad, había amado á aquel hombre, aunque sólo hubiese sido por unos días; mas desprecióle antes de mucho, y la herida se vió como cauterizada por un hierro al rojo. Quedábale tan sólo una inmensa pena; había contado con su valor, y éste tan sólo le proporcionaba una existencia vacía.

Permanecía altiva y firme, digna siempre, muy por encima de las mancillas que la rodeaban; pero su corazón manaba sangre en aquella serena soledad. Si hubiese podido principiar de nuevo su vida, no habría fijado la felicidad en la dignidad solamente; habría intentado fijarla también en el amor.

Tres años después de su enlace, su padre y su madre fallecieron y quedó como huérfana; habíase extinguido su familia y carecía de pariente alguno que pudiese prestarle apoyo. Entonces disfrutó amargamente de su soledad y se constituyó una especie de placer, encerrándose con su hija, que á la sazón contaba apenas un año. Aquella niña le produjo, en otra forma, todas las tiernas alegrías del amor. Un solo cariño es suficiente para llenar toda una existencia, y aquella amada pequeñuela fué para ella aquel cariño necesario y consolador.

Durante cinco años vivió por tal modo en constante compañía de Juana. No podía soportar á nadie á su lado, quiso ser su doncella, su amiga, su guía en todo y por todo; la paseaba, jugaba con ella y la daba las primeras lecciones para el corazón y para la inteligencia. Su vida sólo tuvo ya un objeto y ya no existió sino por y para su hija.

¡Qué de ensueños no se forjó durante las largas horas de aquella soledad voluntaria! En tanto que Juana jugaba á sus pies, su madre la estudiaba en los primeros balbuceos de sus juegos. Quería que en

su alma reinase la rectitud; habíase propuesto facilitarle la felicidad, hallarse incesantemente á su lado, como consejo á la vez que como ejemplo.

Después, llevada en alas de su imaginación, veía la casada y feliz. El ensueño de amor que ya no forjaba para sí misma, alimentábalo por su hija. Nunca había pensado que la muerte pudiese venir á separarlas; y la muerte iba á apoderarse de ella; y Juana iba á quedarse sola. Sus sueños la habían engañado; no podía transmitirle su experiencia, no guiaría ni desarrollaría su inteligencia y su corazón. Mañana, pasaría Juana á manos de su padre, á manos de algún desconocido indiferente que se inquietaría apenas del precioso legado de la muerta. Entonces fué cuando pudo tranquilizarse dictando á Daniel el testamento de su ternura.

Mientras que la señora de Rionne se moría, su marido se hallaba en casa de la señorita Julia, graciosa criatura, nada fastidiosa de suyo, pero cara como un demonio.

No ignoraba que su mujer estuviese enferma; sólo que para no tener motivo sobrado de entristecerse, trataba de ligera indisposición el terrible mal que había de acabar con ella; y había logrado persuadirse de que podía llevar su acostumbrada vida, sin inquietarse lo más mínimo.

Tal era aquel hombre perfecto, que jamás echaba nudos á la bolsa. Habría arrojado cien francos

á un pobre, mas no habría sacrificado el menor de sus placeres. Huía de las emociones, y, para no herir la bondad que en su interior existía, componíaselas de manera que pudiese decir, fuere como fuere, que todo andaba á las mil maravillas.

Había visto por la mañana al médico y se arrepintió de haberle preguntado. El doctor no había disimulado que la muerte podía presentarse de un instante á otro. Al oír aquella brutal declaración, sintió que un frío glacial le helaba la sangre. La muerte le espantaba; no podía hablar de ella sin que se le pusiesen los pelos de punta. Y luego, la idea de que su mujer iba á dejar este mundo, hizo ver por modo brusco todas las incomodidades que resultarían de aquel duelo. Verdad era que recobraría su libertad; pero, ¡qué de molestias! el entierro, la privación de todo placer, y lo demás. Su corazón tenía miedo á la compasión, y su cuerpo temblaba ante las privaciones. Así era que en voz alta se había chancado con el médico, no queriendo dar crédito á lo que decía. Su mujer no podía morir así como así, cuando no había quince días que se mantenía en buena salud. Y decía estas cosas con rápida y entrecortada voz, inquieto, y procurando restablecer el feliz equilibrio que quería hacérsele perder.

Por último, allá á la noche, se dirigió de prisa y corriendo á casa de Julia. Mas no se hallaba com-

pletamente tranquilo; hacía memoria á cada instante y volvía la cara, como si alguien se encontrase allí para comunicarle la fatal noticia. Si durante muchos días no le era posible ir á ver á su cara entretenida, pensaba que, aligerándose un poco, tendría sobrado tiempo para ir á besarla todavía una vez. Después, al cabo de media hora, ya había encontrado su tranquilidad egoísta. El saloncito azul de su querida era un ignorado rincón en donde vivía á sus anchas, entre seductores perfumes. Iba allí como va el perro á su perrera, porque allí encontraba calor.

Pero Julia aquel día se sentía nerviosa y de fantástico humor. Háblele recibido con cajas destempladas. No le inquietaba aquello gran cosa, pues lo que él amaba de ella eran los vaporosos perfumes de su cuerpo, sus vestidos apenas sujetos, su libertad de lenguaje y de movimientos, su habitación en el mayor desorden y silencioso como una alcaaba. Estuvo bromeando con ella, púsose á sus anchas y lo olvidó todo; mas como ella continuase poniéndole hociquito, la habló de llevarla, á palco cerrado, á una primera representación que debía de darse aquella noche. Iba á triunfar de su mal humor, cuando entró una doncella para decirle que con toda premura se le esperaba en su casa.

El señor de Rionne se quedó helado. Un remordimiento repentino le penetró en el corazón. No

se atrevió á besar á su querida, y apretó á correr después de haberle estrechado la mano. Pero, ya en la escalera, cayó en la cuenta de que, al fin y al cabo, bien podía haber besado á la joven. La verdad era que temía haberla ofendido y que no podría volver más tarde, cuando hubiese podido dar fin á aquellas deplorables historias.

Abajo encontró á Luis, su ayuda de cámara, un buen mozo blanco y frío, que le debía su fortuna. Luis tenía el mérito de no conmovirse jamás, de no hablar nunca, y de no oír en toda su vida: era una excelente máquina, á la que se daba cuerda y funcionaba. Pero, mirándole bien, notábase en él cierta sonrisa en las comisuras de los labios, que indicaba que la máquina poseía algún secreto engranaje que se movía por su propia cuenta.

Luis dijo sencillamente á su amo que había visto á la señorita Juana corriendo por el hotel y llamando á su padre. El había pensado que la señora se moría, por lo que había creído prudente venir á molestarle.

El señor de Rionne se sintió trastornado, y aparecieron algunas lágrimas en sus ojos, de miedo y de congoja. Era aquel un sufrimiento personal, egoísta, que le atormentaba. A haberse interrogado á sí propio, habría visto que su mujer no figuraba en el fondo de su desesperación. Pero de buena fe se engañaba á sí mismo, y tuvo el consuelo de creer

que lloraba en realidad la próxima muerte de Blanca.

En tal estado llegó al hotel, sufriendo y rebelándose. Cuando entró en la habitación en que agonizaba la enferma, le sobrecogió un desmayo. Su mente no se acordaba ya del saloncito azul de Julia, pero su cuerpo conservaba el recuerdo y se estremecía, cuando acababa de dejar la alcoba perfumada, para entrar en aquella gran habitación solemne por donde pasaba el frío hálito de la muerte.

Acercóse al lecho, y, cuando vió el pálido rostro de la moribunda, estalló en sollozos. Julia, más allá, en el amplio sillón, ofrecía una carita, medio incomodada, medio sonriente, que se enfurruñaba entre los bucles de sus cabellos rubios cenicientos.

Blanca, en aquella suave claridad, descansaba la cabeza sobre la almohada; tenía cerrados los ojos, y sus facciones, estiradas ya por el rudo dedo de la muerte, parecían más prolongadas y más severas: asemejábase á un rostro de mármol, rígido ya, con la frente ensanchada y apretados los labios.

El señor de Rionne permaneció un instante mudo ante aquella faz inmóvil, que tenía para él una elocuencia terrible.

Después quiso ver desplegarse aquellos labios, creyendo que una señal de vida calmaría su angustia. Inclínose, y, con voz trémula:

—Blanca—le dijo,—¿me oyes? Háblame, te lo suplico.

Un ligero estremecimiento se notó en el semblante de la moribunda, y levantó los párpados. Sus ojos indecisos, de limpidez profunda, buscaban como deslumbrados y se fijaron por último en el señor de Rionne. Este no había visto en su vida morir á nadie; y, como no sentía el verdadero dolor, el dolor ciego, que abraza con arrebató el cadáver de la persona amada, limitábase á analizar el horror de la agonía. Pensaba en él y decíase que llegaría la hora en que él también había de morir y que todo pasaría por modo igual.

Blanca dirigió á él su vista y le conoció; entonces lanzó un suspiro y trató de sonreír. La idea del perdón se apoderó de ella en aquella hora postrera. Libróse, no obstante, alguna lucha en su interior. Volvieron á su mente sus amarguras de esposa, y fuéle preciso, para mostrarse apacible, penetrarse de que había muerto ya y que las miserias del mundo ya no pesaban sobre sus hombros.

Por otra parte, no se acordaba de haber mandado llamar á su marido. Por un instante, no encontrando á nadie á quien confiarse, abrigó la idea de exigir de él juramentos. Ahora que su corazón se hallaba vacío y que había podido poner un guardián al lado de su hija, no sentía ya la necesidad de ser tranquilizada.

Su marido se hallaba allí y casi se admiraba de ello. Mirábale sin rencor, como á persona á quien

se conoce y á quien se sonríe antes de partir. Luego, á medida que la vida le iba volviendo, iba haciendo memoria y hasta casi la inspiraba lástima aquel hombre, cuya cobardía le hacía indigno. Ella sentíase llena de misericordia.

—Amigo mío—le dijo; y sus palabras no eran más que un hálito,—has hecho bien en venir; así moriré más tranquila.

El señor de Rionne, conmovido por aquella suave queja, sollozó nuevamente.

—No te desesperes. Ya no padezco, estoy sosegada, me siento feliz. No abrigo más que un deseo, el de borrar todo disentimiento que haya podido existir entre nosotros. Necesito no llevarme malos pensamientos, y no quiero que puedas vivir con el menor remordimiento. Si te he ofendido, perdóname como yo te perdono.

Aquellas palabras obraron poderosamente sobre los nervios del señor de Rionne, y su corazón estalló. Ya no hablaba contra la molestia de las lágrimas.

—Nada tengo que perdonarte—balbuceó.—Tú eres buena, y siento que nuestros diferentes caracteres nos hayan separado el uno del otro. Ya lo estás viendo, lloro, estoy desesperado.

Blanca le oía hablar haciendo un esfuerzo. Le daba lástima. Aquel hombre no encontraba una palabra para acusarse, no juntaba las manos para pedir perdón. Se hallaba sencillamente ebrio de pavora.

Bien comprendía Blanca que, si por un milagro, el Señor la hubiese dejado aún en este mundo, él habría vuelto á su vida de siempre, abandonándola de nuevo. Estaba muriéndose y aquéllo no era lección alguna para él; era tan sólo un accidente lamentable, al que estaba obligado á asistir y que le martirizaba.

Blanca volvió á sonreírse y se puso á mirarle de frente, dominándole.

—Despídete de mí—repuso.—No te guardo rencor, te lo juro. Más adelante quizás, esta seguridad te sirva de consuelo. Así lo deseo.

Y como ella se callase:

—¿Cuáles son tus últimos deseos?—le preguntó el señor de Rionne.

—No he tenido deseo alguno—le contestó.—Nada tengo que pedirte, nada que aconsejarte. Obra con arreglo á lo que te dicte el corazón.

No quería hablarle de su hija; habría creído obrar mal arrancándole juramentos que no llegaría á cumplir.

Después, con acento de mayor dulzura:

—Adiós—repitió.—No llores.

Y le rechazaba lentamente con el ademán, cerrando los ojos y no queriendo verle más. Retiróse él al pie de la cama, sin poder apartar las miradas del terrible espectáculo.

Habíase ido en busca del médico. Este acababa

de llegar, no obstante de que sabía que su presencia sería inútil. Un anciano sacerdote, que había administrado los Sacramentos á la moribunda por la mañana, se encontraba también allí. Habíase arrodillado y recitaba á media voz las oraciones de los agonizantes.

Blanca se debilitaba cada vez más. Había llegado el fin. De repente se incorporó y mandó que le llevaran á su hija. Como el señor de Rionne no se movía, Daniel, que se había quedado allí, mudo y conteniendo las lágrimas, corrió en busca de Juana, que se disponía á jugar en la habitación contigua.

La pobre madre, dilatados los ojos, como loca, contempló á su hija y quiso tenderle los brazos. Mas no los pudo levantar, y Daniel se vió precisado á sostener á Juana, con los pies apoyados en la madera de la cama.

La niña no lloró; miraba el desencajado rostro de su madre con una especie de ingénuo admiración.

Luego, como aquel rostro se sosegaba, colmándose de celestial alegría y resplandeciendo poco á poco de dulzura, la niña también se puso á sonreír y á adelantar sus manecitas.

Y Blanca acabó de aquel modo, entre su propia sonrisa y la sonrisa de su hija.

Su última mirada la había fijado en Daniel, mirada suplicante al par que imperiosa. Hallábase sosteniendo á Juana y su misión daba principio.

El señor de Rionne se arrodilló ante el cuerpo de su mujer, recordando que se arrodilla uno por costumbre. El médico acababa de retirarse y una de las enfermeras se apresuró á encender dos cirios. El sacerdote, que se había levantado para acercar un crucifijo á los labios de Blanca, reanudó sus preces.

Daniel había conservado á Juana en sus brazos, y como la atmósfera de la habitación se hacía sofocante, se puso á la ventana de la pieza inmediata. Lloraba allí en silencio, mientras que la niña se solazaba siguiendo con la vista las rápidas luces de los carruajes que pasaban por el bulevar.

El aire estaba tranquilo. A los lejos oíanse los clarines de la Escuela militar tocando la retreta.